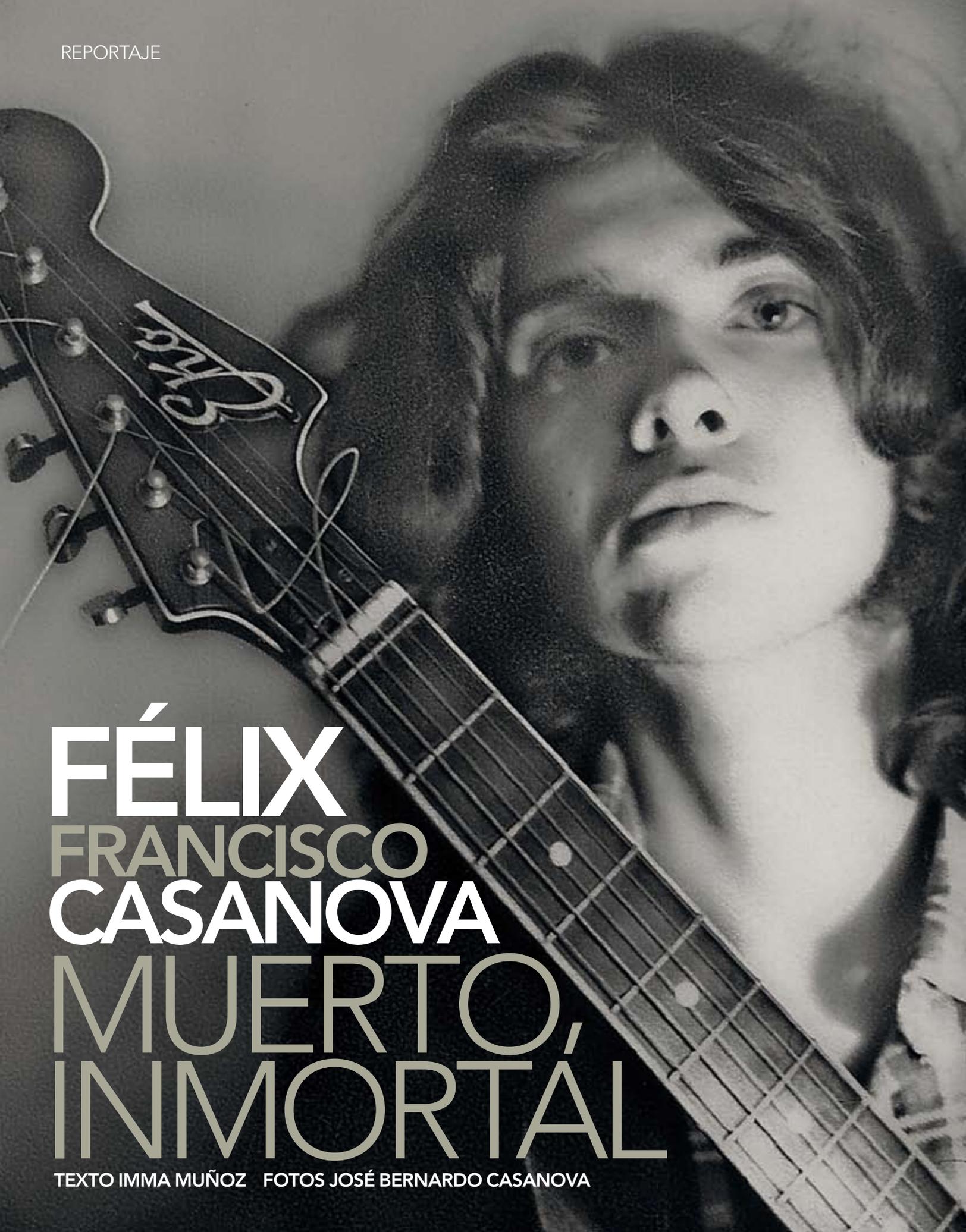


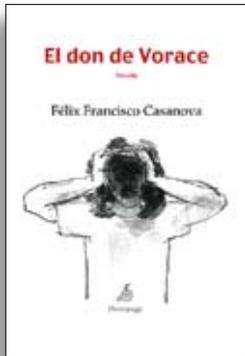
REPORTAJE

A black and white photograph of a young man with long, dark, wavy hair. He is looking upwards and to the right with a thoughtful expression. He is holding a dark-colored electric guitar, with the headstock and neck visible in the foreground. The headstock has a logo that appears to be 'Fender'. The background is a plain, light-colored wall.

FÉLIX FRANCISCO CASANOVA MUERTO, INMORTAL

TEXTO IMMA MUÑOZ FOTOS JOSÉ BERNARDO CASANOVA

CON TAN SÓLO 17 AÑOS SU TALENTO ANUNCIABA UNA CARRERA LLENA DE ÉXITOS. LA MUERTE LA TRUNCÓ APENAS DOS AÑOS DESPUÉS. DEMIPAGE RECUPERA LA OBRA DE UN POETA SINGULAR, OTRO CLÁSICO PRECOZ QUE NOS DEJÓ DEMASIADO PRONTO



'EL DON DE VORACE'
Félix Francisco Casanova
Editorial Demipage
Madrid, 2010

Bernardo Vorace tiene un don: por más que intenta quitarse la vida, ésta se resiste a abandonar su cuerpo. Ya puede atiborrarse de pastillas o pegarse un tiro en la sien: no encuentra el camino para abandonar este mundo. Y eso le pesa. Bernardo Vorace es una creación de Félix Francisco Casanova Martín, un sorprendente poeta que con sólo 17 años fue capaz de concebir en su única novela, *El don de Vorace*, un universo en el que el realismo más real y el absurdo más absurdo se funden para poner patas arriba la cotidianidad y cuestionar lo que siempre damos por sentado.

Félix Francisco Casanova comparte con el personaje de Bernardo Vorace un buen puñado de dones –el desparpajo, la vocación rupturista, la habilidad para dar con la paradoja reveladora–, pero no el que motiva el título de la novela: la inmortalidad. O tal vez

sí: a veces la muerte se traiciona a sí misma y, pretendiendo llevarse algo para siempre, en realidad lo deja entre nosotros por los siglos de los siglos, lo ancla con las cadenas del mito y la leyenda, y lo que tenía que ser carne de podredumbre se acaba convirtiendo en polvo de eternidad. Eso le ocurre a la muerte cuando no sabe esperar. Y con Félix Francisco Casanova tuvo demasiada prisa.

Diecinueve años tenía el poeta cuando la inhalación de gas acabó con su vida mientras tomaba un baño en su casa, en Santa Cruz de Tenerife. Si la atmósfera tóxica que le asfixió fue resultado de un escape accidental, como siempre ha sostenido la familia, o si hubo alguna voluntad de emular a su inmortal personaje es una duda tan inevitable como innecesaria. Ya se sabe que la genialidad suele conllevar un componente de tortura nada fácil de encajar, pero de nada sirve ahondar en las zozobras interiores del ausente. Y menos si éste sigue presente en sus letras, en sus metros, en sus rimas. ¿Para qué bucear en las causas de una muerte si se puede bucear en los frutos de una vida?

UN TALENTO PRECOZ

Diecinueve años dan para mucho cuando las musas, o la pasión, o la disciplina, o la herencia familiar en forma de genes y de biblioteca modélica le permiten andar a uno sorprendiendo a un padre poeta con apenas 7 u 8 años. Félix Francisco Casanova nació en Santa Cruz de La Palma el 28 de septiembre de 1956 y estaba aún lejos del metro y medio cuando ya dejaba a su padre, el médico y poeta vanguardista Félix Casanova de Ayala, boquiabierto con sus malabarismos verbales. “Solía sorprenderme con frases insólitas que yo me preguntaba dónde podría haber leído. Eran giros sueltos, casi surrealistas y esotéricos, cuyas fuentes me era imposible inquirir en ninguno de los libros de mi biblioteca que pudiera caer en sus manos”,

ARTHUR RIMBAUD

UN GENIO DEL BIEN Y DEL MAL

Ya lo advirtió su profesor cuando apenas era un adolescente: “Nada banal germina dentro de esta cabeza. Será un genio del mal o un genio del bien”. Arthur Rimbaud (Charleville, 1854-Marsella, 1891) demostró muy pronto un imperioso afán por desmarcarse del orden burgués. Las huidas de casa, el alcohol y la locura creativa fueron sus instrumentos para ello. En 1871 se marchó a París, invitado por Verlaine, a quien había enviado sus poemas. Empezaron una relación salvaje que los llevó a Londres y a una vida de pobreza, excesos y violencia que acabó con Verlaine en la cárcel por disparar en



la muñeca a Rimbaud. De nuevo en Charleville, su poesía brilló como nunca: fueron los días

de *Una temporada en el infierno* (1873) y las *Iluminaciones* (1874). Y su carrera literaria terminó: el poeta quiso dejar de serlo y convertirse en un hombre convencional. Todo lo convencional que puede ser un poeta maldito metido a comerciante de armas en Etiopía. Un cáncer le obligó a volver a Francia, donde murió a los 37 años.

ALEJANDRA PIZARNIK

LA INSUPERABLE TRISTEZA



No fue fácil para Alejandra Pizarnik (Buenos Aires, 1936-1972) ser niña. Muy introvertida, se refugió en la poesía, pero no dio esquinazo a la tristeza. Ni sus cuatro años de vida bohemia en París ni los siete libros de poemas que publicó (el primero, *La tierra más ajena*, en 1955, con 19 años) la reconfortaron. Pasó sus dos últimos años entre intentos de suicidio, hasta que los barbitúricos la llevaron junto a su adorada Janis Joplin.

JOHN KEATS

LA MALDITA TUBERCULOSIS



La enfermedad marcó la vida de John Keats (Londres, 1795-Roma, 1821) desde la adolescencia: la tuberculosis primero se llevó a su madre, luego le obligó a relegar a un segundo plano su incipiente carrera literaria para cuidar a su hermano, y finalmente pudo con él, cuando aún no había cumplido 26 años. Incomprendido por la Inglaterra victoriana, no gozó en vida del éxito que le llevaría posteriormente a ser reconocido como uno de los mayores poetas del siglo XIX.

explicaba éste. Su talento, reflejado en una imaginación desbordante, era innegable. Lo volcaba en la música, su gran pasión, y en la poesía. Con 15 años ya había fundado un grupo de rocky formaba parte un movimiento literario, con el escatológico nombre de Hovno (mierda, en checo), cuyo manifiesto habría firmado el mismísimo Tristan Tzara. Sólo tenía 17 cuando ganó el premio de poesía Julio Tovar, el más importante de Canarias, con su poemario *El invernadero*, y apenas uno más cuando se embolsó el Pérez Armas de novela con *El don de Vorace*. Y lo publicado hasta la fecha permite intuir que la lista de galardones podría haber sido interminable si el gas no se hubiera colado por las rendijas de su vida aquel 14 de enero de 1976.

LA RECUPERACIÓN DE SU OBRA

Durante los años 70, la obra de Casanova llegó a las librerías, pero apenas superó el ámbito canario y quedó recluida en círculos muy minoritarios. La editorial Hiperión fue la primera en darla a conocer en toda España: en 1990 publicó *La memoria olvidada (poesía 1973-1976)*, una antología que incluye casi todos los poemas que Félix Francisco consideró válidos. Muchos le descubrieron entonces. Muchos más tendrán la oportunidad de hacerlo ahora: la editorial Demipage acaba de reeditar *El don de Vorace*, ha comprado los derechos de toda la obra del poeta y en breve publicará su diario íntimo, *Yo hubiera o hubiese amado*, y una *Antología poética* con 40 de sus poemas imprescindibles y uno inédito. Casanova, además, cruzará los Pirineos: en abril de este año, la editorial Les Allusifs descubrirá su peculiar universo a los franceses.

Nadie mejor que ellos para ponderar cuánto hay de acierto y cuánto de exageración en un paralelismo harto repetido al hablar del poeta canario: las similitudes con Rimbaud. El magnetismo personal de ambos, su precocidad a la hora de encontrar un lenguaje poético propio, “la naturaleza rebelde y visionaria de sus respectivas

obras” —como señala Fernando Aramburu en el prólogo de la edición de Demipage de *El don de Vorace*— y lo impactante de su temprana muerte los hermanan. La trascendencia y popularidad de uno y otro, sin embargo, han sido muy distintas. Y de esto, según Aramburu, no tiene la culpa el poeta: “A veces, muchas veces, pienso que Casanova Martín no necesita reivindicación ninguna; que somos nosotros, los desinformados, quienes deberíamos reivindicarnos frente a sus obras”, escribe el prologuista.

Si no fueran, éstos, tiempos de *twitters* y *Xbox*, los padres de los adolescentes de este país tendrían que andarse con cuidado con las bombonas del gas, como tuvieron que esconder los revólveres los de los adolescentes europeos de finales del siglo XVIII, alarmados por el *sindrome Werther*. Casanova lo habría tenido todo

UN CHICO MAGNÉTICO.

Félix Francisco, fotografiado por su hermano José Bernardo.



LA FAMILIA SIEMPRE DESCARTÓ QUE SU MUERTE FUERA UN SUICIDIO, PERO, BUSCADA O NO, PARECE QUE ÉL LLEGÓ A INTUIRLA

para ser un ídolo juvenil, algo así como un Kurt Cobain patrio, si en lugar de empuñar la pluma hubiera triunfado rasgueando una guitarra o desgañitándose ante un micro. Tenía talento, rebeldía, actitud y unos ojos insondables con los que habría forrado más de una carpeta. Y andaba por el filo.

Su familia siempre descartó que la inesperada muerte de Félix Francisco fuera un suicidio, pero, buscada o no, parece que el poeta llegó a intuirlo. Sin venir a cuento, pidió un día a su hermano Bernardo que nunca dejara de comprar los discos que les apasionaban, los discos en los que él invertía el dinero que ganaba con los concursos literarios, y en diciembre de 1975, sólo un mes antes de que el gas truncara la vida y la obra que tanto prometían, le dedicó un poema a su novia, María José. Se

(¿involuntaria?) despedida de María José, no tuvo tiempo de más. Félix Francisco Casanova se fue, como él mismo escribió, “*amaneciendo y anocheciendo / a un mismo tiempo*”, y con su marcha entró en el selecto club de los que burlan al tiempo. Los que permanecen para siempre. Los que se hacen inmortales al morir. **BOB**

titulaba *Eres un buen momento para morirme*, y en él le confesaba: “*La última página de mi álbum / tiene tu boca lluviosa mordiéndome un labio, / un disco de rock'n'roll / y calcetines de colores*”. Fue su última poesía. Había escrito *El don de Vorace* en 44 febriles días, entre el 9 de junio y el 23 de julio de 1974, tal vez los 44 días más productivos de la historia de la literatura. Pero tras esa

SYLVIA PLATH

MORIR POR AMOR



Sylvia Plath (Boston, 1932-Londres, 1963) acababa de convecer a la crítica con *La campana de cristal* y con sus poemas, pero un fracaso matrimonial la sumió de nuevo en la espiral depresiva que la perseguía desde los 20 años. Ni siquiera el amor por sus hijos, a los que preparó leche y galletas minutos antes de suicidarse, la aferró a la vida.